



# ZARUMA: UNA VIBRACION ESPECIAL Y ESPACIAL

SIMÓN ESTRELLA VINTIMILLA

La ciudad de Zaruma es una mágica realidad subtropical de un asentamiento humano, localizado sobre las montañas del altiplano de la provincia de El Oro y generado a raíz de la actividad minera, dedicada a la explotación de reales y quiméricos yacimientos auríferos. En este caso, al igual que en otros asentamientos de este tipo como Guanajuato, Potosí, Taxco, etcétera, el sitio de emplazamiento de la ciudad no está determinado por el libre albedrío del hombre, sino que está sujeto a la localización de los filones del metal precioso, como una suerte de destino trascendente.

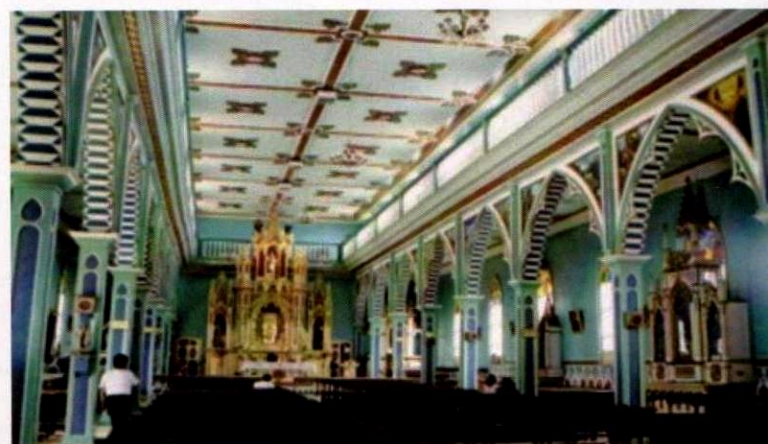
En esta ciudad, encontramos cuatro ingredientes fundamentales que hacen de ella un lugar de especiales características: su traza, arquitectura, exuberante vegetación subtropical de las estribaciones de la abrupta cordillera, y su gente. Todos estos elementos, se encuentran ricamente intrincados y forman un conjunto ambiental, que se manifiesta a través de un tejido de excepcionales características expresivas, implantado en las laderas y barrancos de los cerros que guardan celosamente en sus entrañas las minas de oro, y en el cual aún conviven, respetuosamente, la arquitectura y la naturaleza.

La traza se configura a partir de una geometría libre y espontánea, que obedece a las irregularidades de la topografía del sitio de su emplazamiento; sin embargo, tiene como núcleo su pequeña plaza cívica en torno de la cual se ubican las edificaciones-símbolo (de acuerdo con lo dispuesto por los principios ordenadores para la fundación española de las ciudades en la Colonia), destacándose, dentro del conjunto, la iglesia con su singular arquitectura.

Su tejido urbano, nos conduce a la evocación de una ciudad medieval, implantada en las entrañas de los Andes ecuatorianos. Así, encontramos escalinatas y calles que se desparan en las montañas, resolviéndose, estas últimas, con pendientes inverosímiles, que provocan apuestas sobre la posibilidad o no, de que estas puedan ser salvadas por la potencia de los motores o controladas por los frenos de los automóviles.

Los recorridos por la ciudad se convierten en una placentera aventura: están impregnados por el exótico y excitante perfume del café recién tostado, llenos de innumerables sorpresas, provocadas por las extrañas visiones en escorzo de las edificaciones y se enriquecen, definitivamente, con la sutil presencia de una bella mujer zarumeña.

Las casas se acomodan a lo largo de las calles y escalinatas, pegándose unas a otras, como las golondrinas que inveteradamente, cada tarde, recrean una especie de rosarios, sobre los cables que conducen la electricidad y que atraviesan las calles. Las edificaciones antiguas, de uno, dos y tres pisos, construidas con madera y tierra, materiales del entorno, se van acoplando a los desniveles existentes y se ponen en relación con el espacio público mediante sus fachadas con balcones y ventanas (desde las que la gente puede ver sin ser vista); compuestas con una especial mezcla entre las proporciones y elementos tomados, tanto de los órdenes arquitectónicos clásicos, como de la arquitectura popular ecuatoriana.





En estas además, encontramos una profusión de arabescos ricamente calados y tallados en madera, en donde juegan el color, la luz y la sombra.

En definitiva, y tomando algunas ideas planteadas por Rogelio Salmona, podemos concluir que, la arquitectura tradicional de Zaruma es reconocible como una arquitectura humana, una arquitectura para ser vista, oída, tocada y reconocida, que permite entender la realidad histórica y social de su gente, que posibilita redescubrir el entorno y que tiene muy en cuenta la naturaleza, el paisaje y la luz.

